

Capítulo

Núm. 3 Enero

SUMARIO

SIGFRIDO A. RADAELLI, *Notas de un lector de historia*

JOSE ELGUERA, *Infancia*

ERWIN F. RUBENS, *Barranca Yaco (continuación)*

ESPEJO: *Normas*, POR LEÓN FELIPE, ANTONIO MACHADO, MIGUEL DE UNAMUNO, JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y JORGE GUILLÉN

ENRIQUE MALLEA ABARCA, *Un libro de Adolfo Bioy Casares*

JUAN OSCAR PONFERRADA, *Bruno Jacovella, explorador de lo verosímil*

MANUEL PEYROU, "Ellos no olvidarán"

Buenos Aires

1938

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal: MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Secretario de Hacienda: ATILIO DELL'ORO MAINI

Secretario de Obras Públicas: AMÍLCAR RAZORI

**HOMENAJE A BUENOS AIRES
EN SU IV CENTENARIO**

*Ciclo de disertaciones histórico-literarias, auspiciado por
la Intendencia Municipal*

En este volumen de 556 páginas aparece el texto completo de las 25 conferencias pronunciadas por los siguientes escritores: *Ricardo Levene, María Elvira Mora y Araujo, Ignacio B. Anzoátegui, Luis Cané, Leonidas Barletta, B. Fernández Moreno, Fryda Schultz, Enrique Corbellini, Enrique Loncán, Alvaro Melián Lafinur, Francisco Luis Bernárdez, Manuel Ugarte, José Gabriel, Samuel W. Medrano, Alfonsina Storni, Sigfrido A. Radaelli, Pablo Suero, Nicolás Coronado, Manuel Mujica Láinez, Sara Alvarez Valdez, Leopoldo Marechal, Roberto F. Giusti, Jorge Luis Borges, Arturo Cancela, Ernesto Mario Barreda.*

Precio del ejemplar: \$ 3.— m/n.

En venta en la Oficina de Valores de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires,
AVENIDA DE MAYO 525, 5. piso.

C A P Í T U L O
TOMO 1 — NUMERO 3 — ENERO DE 1938

Notas de un lector de historia

UN hecho histórico es un problema de magnitud y calidad siempre variables, según el interés y el modo con que se lo encare. El hombre sigue siendo la medida de las cosas.

Hay un instante dramático en que los seres guías aparecen en la historia. Cumplen, en el momento señalado, su misión; luego desaparecen. Existe un alto interés humano en mantener a esos héroes en la tierra, entre los hombres, y evitar que pasen al Olimpo, entre los dioses; en sentirlos nuestros, aquí cerca, para provocar la emulación, la admiración o la gratitud; para mantener viva la tensión y la continuidad de un grupo humano, para tonificar el espíritu de una sociedad. Se vuelve en ciertos momentos al pasado para recuperar la fe en el porvenir.

Mientras el buen investigador escarba en los documentos y los junta en un orden provisorio, el historiador ensaya su clasificación, según un repertorio propio de preguntas, cuya validez confronta, mide y critica. *Historeo* significa interrogar.

Hacer una historia implica realizar una empresa de organización y de dirección.

Reducir las contingencias a categorías generales... Pero, M. Berr: ¿no es ésa una excelente labor para enloquecer a estadísticos?

En todo documento hay escrituras invisibles de tinta simpática mezcladas con la aparente escritura visible. El historiador auténtico siempre dispone de un reactivo para revelar al menos una de las escrituras invisibles.

¡Qué equilibrio para lograr el ritmo y la cadencia, la fuerza y la sugestión, entre los detalles abrumadores!

Para señalar la importancia de un hecho histórico dices: "esto *vale*". Sí, pero ¿cuánto?, es decir, ¿en qué medida?, es decir, *comparado* con α , con β : ¿más que éstas, menos, mejor, peor, más pernicioso, más necesario...?

El sofisma de inducción es el lugar común del historiador apresurado o del pedante.

Ponderar: en este verbo se resumen todas las dificultades de la labor histórica.

Sensibilidad: en esta cualidad reside toda la posibilidad de comprensión.

La historia —apuntaba Juan Agustín García— es un fenómeno cerebral. Mientras en la mente del historiador no se hayan dibujado esquemas, vías, sistemas, la percepción no habrá pasado de la primera etapa.

En toda clasificación, método o receta de estilos y de momentos de la construcción histórica, se pueden distinguir fácilmente cuatro quintas partes de ociosa retórica; una quinta parte de cándida superchería.

Cuando leéis a Michelet, a Macaulay, al mismo Mommsen, aun a nuestro López, ¿no os parece verlos sentir y vivir y angustiarse con sus novelas, con sus pueblos y sus almas? Es que ellos veían realmente a sus hombres, sentían el pulso de sus latidos, sus voces, sus quejas, sus exaltaciones. Los sentían suyos, propios. Sufrían con su pasado, y sus miradas, anhelantes, se tendían hacia el futuro.

Michelet, Macaulay, López, sentían (como siente todo nacional —en proporción directa a su raíz—) la emoción de su pueblo. Mommsen realizaba el prodigio de situarse fuera; pero se presentan demasiadas dificultades para que el caso sea frecuente.

Hacer historia es hacer algo más que investigación. Pero la investigación tampoco significa algo fácil: hacer investigación es algo más que formar una estúpida y meritoria obra de acarreo, por el tiempo y la paciencia.

Percepción, imaginación, comprensión. Las fases de la recreación histórica —a pesar de los maestros de preceptiva— serán estas tres, y nada más.

Lo que hay de ciencia en la historia es el rigor científico en la investigación. Pero a ella sigue la personal y libre construcción, en función de una *praxis*, de una política. Si esta última falta nos quedaremos con una crónica (buena, tonta, divertida, hermosa, etc., pero simple relato); con un inventario de documentos o con un borrador.

La materia de los sueños entra también en la historia.

El sentido histórico preexiste o no: jamás aparece como última etapa del conocimiento, ni se condiciona ni se subordina a él, ni se forma ni se construye.

Las condiciones de una historia: una apasionada sinceridad, una inteligente voluntad de dirección.

Sigfrido A. Radaelli

Infancia

...y cuando vino Clara, mi prima, y dijo que ella había tenido, hacía muchos años, una enfermedad igual que la mía (y apareció entonces, borrosamente, una cama, flotando en el aire; y apareció ella, niña o adolescente, metida dentro de muchas frazadas, asomando sólo sus ojos por arriba de ellas; y apareció una pieza de techos muy altos, con arañas en los rincones, y ella pasando allí su lento tiempo de enferma, mirando ávidamente a todas las cosas con sus grandes ojos oscuros e inquietos, como los que tenía en aquella fotografía suya de los catorce años, y estrujando, quizá, con sus manos sedosas y frías a cuanto objeto le alcanzaban), y que no había por qué inquietarse, ni pensar que, por lo que yo tenía, me iba a morir; mi prima, con sus ojos oscuros, de reflejos extraños, como estirados hacia las sienas dolorosamente, con su traje blanco y su sombrero de anchas alas del que pendía una cinta negra que el aire de la tarde mecía a veces, y sus veintiséis años y

ocho meses entonces; y cuando se sentó, después de mirarse al espejo una y otra vez (a ese espejo al que yo me miré con terror la noche aquella, y frente al cual me limpié repetidas veces la cara), al pie de mi cama, acarició rápidamente mis rodillas, que yo retiré instintivamente, temeroso, trató de hacerme cosquillas en la planta de los pies y me dirigió una de sus forzadas y apuradas sonrisas, acompañada por una dura mirada de sus ojos; y la tarde que entró, vió mi habitación llena de gente, y al instante dijo que se iba, que la disculparan porque tenía mucho que hacer: asistir a un té de caridad (y yo la miraba), concurrir luego a la reunión de una sociedad de la que era secretaria (y yo la seguía mirando), visitar a una amiga a la que hacía mucho no veía (y yo la recordaba buscándome afanosamente por el jardín la noche aquella); que únicamente había venido a ver cómo seguía yo; y la luz de aquella tarde, entrando fría y última por la ventana de mi cuarto, poniendo en las pupilas de mi prima y en sus cabellos dorados un débil reflejo; subiendo desde el gran patio donde estaba la rama del nogal que yo alcanzaba a ver desde mi lecho, recortándose sobre la pared de la casa vecina, tan lisa y tan rosada, y por la cual yo trepaba con mi imaginación para evadirme a la calle, a la ciudad y al mundo; y ese airecillo que penetró en ese instante preciso, e hizo que mi prima se llevara las manos a los cabellos, disgustada, a la vez que enfrentaba por milésima vez al espejo de mi ropero con sus ojos que parecían más grandes en el reflejo, con su boca más misteriosa en el reflejo, y con su alta figura, delgada y cimbreante, que hacía decir a mi tío Jaime que era la inglesa de la familia; y aquella mañana que entró en mi habitación —había llovido durante la noche y ella trajo con su impermeable gris todos los

rumores del agua en las canaletas del techo, en el aljibe y en el patio—, que estaba yo solo, y la vi avanzar lleno de miedo y de una turbación terrible hasta mi cama, tomarme una mano y empezar a decirme con su voz dura e impaciente: “¿Cuándo podrás levantarte, chico?”; y que tuvo que callarse porque mi madre apareció en ese momento y empezó a arreglar mis almohadas, mis cobijas, todas mis cosas; a pasar su mano por mis cabellos y por mi frente que la noche anterior había calentado la fiebre; y mi prima diciendo, entonces, que tenía un compromiso urgente y que se marchaba; y yendo inquieta por la habitación de un lado para otro mientras me dirigía furtivas miradas que yo esquivaba, y mi madre continuaba con el arreglo de mi cama; y estirando, después, ella, su mano displicente y fría a mi madre que la besó en las mejillas; caminando hasta la puerta que daba al comedor como a otro mundo, desde donde se volvió para pedir a mi madre no recuerdo qué cosa; y mi madre saliendo delante suyo con una sonrisa, y ella detrás, altiva, orgullosa, volviendo la cabeza para dirigirme desde la puerta una mirada igual a la de aquella noche; y ese quedarme solo cuando ella se fué, mientras corría mi cuerpo hacia abajo en la cama, hundiéndome en el lecho, presa de una especie de vergüenza y de miedo, sintiendo un extraño hormigueo en mí, mientras la imagen de mi prima aparecía una y otra vez, una y otra vez; y el ruido de sus pasos en el comedor, más débilmente en la sala, perdiéndose, por último, al salir al patio; y el apagado eco de su voz chillona despidiéndose de mi madre: “Hasta un día de estos, María”; y el silencio total que siguió luego, denso y amarillo como la luz de esa mañana, y ella apareciendo otra vez en mi pensamiento, como dueña de él, como grabada en él pa-

ra todos los instantes de mi vida, parada delante de mí, envuelta por la luz de la luna, mirándome fijamente mientras sonreía y levantaba y dejaba caer sus brazos desnudos al hamacarme locamente en el jardín aquella noche; y ese recuerdo borrándose después al estirar mis piernas y mis brazos en el lecho que pareció recibirme tibio y acogedor como un amigo antiguo; y ese estar allí, en mi cuarto de niño enfermo, en medio del rumor de la mañana, envuelto por la luz matinal, oyendo el piar de unos pájaros en el jardín, el ruido de un coche o de un auto que pasaba por la calle, el crujir de la madera de algún mueble, los pasos de alguien en una habitación próxima, el olorillo de una comida que llegaba hasta mí desde la cocina, y mi mirada en la puerta del comedor y en la ventana, en la ventana y en la puerta del comedor siempre; y el recuerdo de las noches pasadas con fiebre y de los horribles sueños que había tenido; y todos los pensamientos que acudieron a mí en el silencio y en la obscuridad; y todas las historias y todos los cuentos que me habían contado; y todos los rostros y todas las palabras que recordé; y mi fiebre subiendo y subiendo; y el recuerdo de mi prima volviendo otra vez, sentándose a mi lado, inclinando sobre mí su rostro blanquísimo y empezando a contar esos cuentos que sólo ella sabía y que yo escuchaba con los ojos bajos, sin atreverme a mirarla, sintiendo fluir la sangre a mis mejillas, mientras ella reía de mi turbación; y la tarde que mi madre la sorprendió y le dijo: "Pero, Clara, ¿por qué cuentas esas cosas al niño?", y ella, riendo siempre: "¡Qué bobo es tu hijo! No parece un hombre"; y el alba después, y las luminosas mañanas de aquel estío, y otro día más entre los muchos pasados enfermo allí, rodeado por todos los objetos familiares que parecían esperar que me sanara o

me muriera; y las caras que asomaban a la puerta del comedor para preguntarme cómo seguía, o si algo necesitaba; y mi cartera de colegial de quinto grado pendiendo de la pared con la historia de Grosso, la geografía La Tierra y mi álbum de botánica y las figuras que venían en los caramelos y que yo juntaba; y sobre una mesita, junto al ropero, el libro de Las mil y una noches, encuadernado en rojo, con sus láminas profusas y sus cuarenta ladrones de Alí Babá y las aventuras de Simbad el marino; y muy cerca, en un ángulo, una pila de cuadernos de Buffalo Bill con sus pieles rojas, sus rostros pálidos y sus cruentos combates en el oeste americano; y mi ropero en el que yo guardaba mis tesoros y en el que a nadie permitía poner mano, ni siquiera a mi madre, y el cual, en caso de mi muerte, debían entregar al hijo del jardinero; y el retrato de mi abuelo en la pared, junto a la puerta del comedor, que parecía mirarme continuamente, con sus cejas espesas y sus grandes bigotes, y al cual muchas veces pedí que sacaran de allí porque no quería compartir mi cuarto con nadie; mi abuelo, que parecía estar allí dentro como un dueño, vigilándome, contemplándome desde toda su larga vida, mirarse en mí, confiar en mí, sobrevivirse en mí, esperarlo de mí todo; mirarme desde esas revoluciones donde él había estado, desde su remota infancia y desde su muerte tantas veces contada; y el cuarto todo con su luz de mañana, de tarde y de noche; y la cama y la silla y la mesa de luz, y la pequeña repisa de libros y los cuadritos de las paredes y todas las demás cosas; y los silencios de la siesta y los otros silencios del día; y yo, allí, solo, en medio de ellos, enfermo desde hacía ya un mes y varios días; y un miedo empezando a subir desde los rincones, trepando a las sillas e invadiendo mi cama; el miedo de que por mucho tiempo no

pudiera levantarme, de que mi enfermedad durara años y años, de que ya no pudiera correr como los demás muchachos, ni volver al colegio ni corretear por las calles; y el deseo de que esa misma mañana pudiera levantarme y vestirme con el traje nuevo a la cazadora que me habían comprado y que no alcancé a estrenar, y llegar hasta el comedor para mirarme al gran espejo para ver si había enflaquecido mucho; y bajar al patio y bajar al jardín para acercarme al aljibe y gritar en él para escuchar el eco; y el miedo de que de pronto me agravara y nadie acudiera en mi auxilio, ni siquiera mi madre; el miedo de que me dejaran morir solo, y que la muerte fuera un gran ruido o una gran oscuridad, o una serie de hombres que me apretarían la garganta como en los sueños; y el terror, ¡oh el terror!, de que mi prima estuviese afuera, espionando el momento en que yo quedase solo, para llegar hasta mí, clavar sus ojos en los míos, y decirme con voz nerviosa y apurada: "No digas nada, ¿sabes?; no digas nada".

José Elguera

Barranca Yaco *

(fragmento)

A fines de 1834, Rosas lo envía a Facundo Quiroga en misión política al interior (cuadro 1º). Debe pasar por Córdoba. Los cuatro hermanos Reinafé, que la gobernaban, han resuelto asesinarlo (cuadro 2º). El 16 de febrero, a la madrugada, en la posta del Ojo de Agua, Quiroga se entera de que los asesinos lo esperan a poca distancia, en Barranca Yaco (cuadro 3º). Cometido el crimen, esa noche misma la partida de asesinos, mandada por Santos Pérez, se reúne en la pulpería de Portezuelo (cuadro 4º). Santos Pérez, tiempo después, baja de la sierra para entrevistarse con los Reinafé, los que intentan envenenarlo (cuadro 5º). Caen los Reinafé, y Santos Pérez debe refugiarse en el monte (cuadro 6º); al cabo de los meses es sorprendido en una quinta de las afueras de la ciudad, denunciado por el padre de su querida (cuadro 7º). Es traído a Buenos Aires, y ya al final del proceso, días antes de la ejecución, se lo carea con el gobernador y con Guillermo Reinafé, ante Rosas que actúa como juez (cuadro 8º).

CUADRO QUINTO

Igual que el cuadro segundo. [El despacho del gobernador, en Córdoba, en 1834. A la izquierda del espectador,

* Los cuadros 2º y 3º y el prólogo fueron publicados en el Nº 1 de CAPÍTULO.

al fondo, una ventana grande que da a un patio interior; izquierda, adelante, y derecha, centro y adelante, puertas; fondo, dos puertas.] Los hermanos Reinafé [José Vicente —el gobernador— y José Antonio, de civil. Francisco, de coronel; Guillermo, de comandante], cada vez, entran y salen por una puerta diferente, de las cinco que tiene el despacho.

Son las cuatro de la tarde, en otoño. El gobernador y José Antonio, de pie, al lado de la ventana, viendo caer la tarde.

GOBERNADOR.—¡La suposición absurda de Francisco: que les alegrara la muerte de Quiroga! Indignadas por los saqueos, los degüellos, los fusilamientos de Quiroga — las gentes honestas. Me saludan como si tuviera olor.

JOSÉ ANTONIO.—¡Había que matarlo, como a un perro rabioso!

GOBERNADOR.—Ustedes no hacían sino gritar que había que matarlo. Hubieran querido matarlo ustedes mismos, con sus mismas manos, como si no hubiera ojos que pudieran verlos. (Pausa). Yo lo calculé todo partiendo de una premisa falsa: Rosas...

JOSÉ ANTONIO (interrumpiendo).—Le hemos hecho un bien.

GOBERNADOR.—Es el error: hacerle un bien, Rosas no lo agradece. Hasta después de muerto había de embromarnos Quiroga. Y bien muerto que está.

JOSÉ ANTONIO.—Definitivamente muerto: pudriéndose. (Pausa larga.)

JOSÉ ANTONIO.—He estado viendo el sumario que levantó Guillermo en lo de Santos Pérez. Pérez jura por su

honor de militar. Sus peones declaran que ese día recogían maíz. ¡Más que brutos! ¡Qué van a convencer! ¡A quién!

GOBERNADOR (preocupado).—Francisco me habló entusiasmado del sumario.

JOSÉ ANTONIO.—Lo que hay que hacer es otra cosa: Juntarnos a los enemigos de Rosas, marchar sobre Buenos Aires. ¡Ya que quieren fuego, a quemar el país por los cuatro costados! ¡Qué sumarios ni sumarios!

GOBERNADOR.—De arder, ardemos todos. Al fin y al cabo, hasta ahora sólo tienen sospechas, presunciones... Lo malo es que haya testigos que puedan hablar. ¿Si hubiera manera de eliminarlos, y que se volviera conjetura todo?

(Entra Guillermo.)

GUILLERMO.—Santos Pérez acaba de llegar.

(El gobernador y José Antonio se miran.)

GOBERNADOR (rápido).—Vamos. (Salen por distintas puertas. Guillermo queda solo. Está abatidísimo. Pausa larga. Entra Santos Pérez.)

SANTOS PÉREZ (que ha caminado un poco dentro de la pieza, se detiene al ver a Guillermo).—No incomodo, ¿verdad?

GUILLERMO.—Pase no más. (Pausa. Bruscamente.) Si usted no lo hubiera muerto... Si hubiera faltado a su palabra, como faltó Cabanillas...

SANTOS PÉREZ.—Como me lo mandaron, cumplí. No discuto las órdenes. (Pausa.) El general Quiroga los fusilaba a los cuatro.

GUILLERMO.—Al menos... hubiera sido lo mejor. Del primero se pasa al segundo, que da pie para el tercero, y después ya ni se cuentan... No damos un paso sin matar a alguien. Como una vejiga que se hace reventar, un sapo aplastado. Apenas nos acercamos a alguien y ya salta san-

CORONEL.—Rosas no sabe qué hacer. Tiene que aparentar.

SANTOS PÉREZ.—¿Pero no fué una ejecución?

CORONEL.—Naturalmente. En vez de hacerlo fusilar en Buenos Aires, Rosas resolvió que usted lo ejecutara en su tránsito por la sierra...! Se simularía un atentado: ladrones, asesinos vulgares... Rosas en persona me lo dijo... ¿Qué me iba a mí en el asunto?... Quiroga era el enemigo de Rosas, no mío... ¿Que se iba del lado de los unitarios?... Yo no soy enemigo de ellos... No tengo enemigos...

(Se asoma por una puerta José Antonio.)

CORONEL *(autoritario)*.—No voy a pasarme la tarde discutiendo si Rosas mandó o no mandó...

JOSÉ ANTONIO.—Rosas mandó matarlo.

CORONEL.—Se ha hecho lo importante: Matar a Quiroga.

JOSÉ ANTONIO.—Rosas lo mandó con el cuento de la carta... Si sería bruto. Era ridículo el miedo que le teníamos.

CORONEL *(mirando con satisfacción a Santos Pérez)*.—Pero encontró uno que no se le achicaba.

SANTOS PÉREZ.—No, mi coronel. Yo no valgo nada. Con la descarga que volteó los postillones, Quiroga, haciendo fuego, en el estribo de la galera, y si no lo tumbo, se me viene encima. ¡Qué hombre! Yo estaría hoy a sus órdenes.

CORONEL.—El gaucho sucio estaba en calzoncillos.

SANTOS PÉREZ.—Por el calor.

JOSÉ ANTONIO *(gritando)*.—¡No permitiré que nadie lo defienda! ¡Era un gaucho ladrón!

SANTOS PÉREZ.—A mí no me robó nada.

JOSÉ ANTONIO.—¡No me venga ahora con que a usted ni que a usted!

SANTOS PÉREZ.—Yo no conozco más que la sierra y un poco para el este. No he visto muchos hombres, pero ninguno como Quiroga.

GUILLERMO.—Pérez tiene razón, Antonio. Quiroga podía haber hecho lo de Ortiz...

SANTOS PÉREZ.—Pero dió la cara, en vez de esconderse en el fondo de la galera. Dió la cara...

JOSÉ ANTONIO.—Prueba que era un loco.

CORONEL *(interrumpiendo)*.—¿Y quién no da la cara?

JOSÉ ANTONIO.—Yo siempre doy la cara. A ver, hable. ¿Era un reproche? ¿Qué tiene adentro?

SANTOS PÉREZ.—Yo me presté a matarlo, por correli-gionario y buen federal...

CORONEL *(interrumpiendo)*.—Ahora nos viene con esas.

SANTOS PÉREZ.—Cuando el coronel necesitó un hombre que le cuidara al general Paz prisionero, no fué necesario repetírmelo. Usted y sus hermanos me han tenido siempre dispuesto a todo.

JOSÉ ANTONIO.—Por eso se quedó con todo lo de Quiroga.

SANTOS PÉREZ.—No guardé nada. No es cierto. El dinero de Quiroga y el que ustedes mandaron lo repartí entre mis hombres. Las alhajas y armas se las di a don Guillermo.

JOSÉ ANTONIO *(interrumpiendo. A Guillermo)*.—¿Con que vos?

(El gobernador entra seguido por un sirviente que trae unas copas, ya servidas, y las deja sobre el escritorio.)

GOBERNADOR *(desde la puerta, a José Antonio)*.—Siempre chillando. Se te oye desde la calle. *(A Santos Pérez.)*

Capitán, para celebrar su venida, una copita de licor. (*Le alcanza una, pasa la bandeja a sus hermanos y toma la que queda. Levantando la copa.*) Por el que prestó al país el más grande de los servicios.

SANTOS PÉREZ (*examinando el contenido*).—Es muy fino para mí.

GOBERNADOR.—¡Salud! (*El gobernador y José Antonio se llevan la copa a los labios, mirando a Santos Pérez, que no bebe.*)

JOSÉ ANTONIO.—No nos desaire.

SANTOS PÉREZ (*la copa en la mano*).—... Aunque no se me escapa que el general Quiroga dejó amigos en número suficiente para provocar otra guerra. Invadirán a Córdoba, cabalgaremos de nuevo de aquí para allá. Saldremos diez para volver cinco. Arrearán las haciendas, quemarán las casas, gritarán las mujeres. He trabajado cinco años talando monte, empalizando, matando langostas. Ejecuté a Quiroga para morir en paz, en mi campo, en mi casa, con mi mujer. Le pedí a la Virgen de Tulumba que me iluminara. Dijo que sí—me pareció que dijo que sí. (*al gobernador*) No está bien que brinden por mí. Por el país. Porque haya paz. Por su ventura personal, señor gobernador. (*Beben.*)

Telón

CUADRO OCTAVO

Gran salón en el Fuerte de Buenos Aires. Las cinco de la tarde, a fines de octubre. Adelante, en el centro, un banco. A la izquierda, también adelante, en sólo una cuarta

parte del escenario, Rosas, su edecán, su bufón, escribientes, oficiales, soldados. Todos de pie, menos Rosas y dos que escriben. Trajes predominando el rojo federal.

Al levantarse el telón, sentado en el banco, y engriñado, el gobernador José Vicente Reinafé.

GOBERNADOR (*a Rosas*).—Nunca he dicho yo eso. Yo nunca he dicho que V. E. tenga algo que ver con el crimen de Barranca Yaco. Miente mi hermano Francisco al asegurarlo —cosa que no creo— en Montevideo: Santos Pérez lo asesinó, malentendiendo unas palabras de José Antonio, mi hermano. Delante de toda esta gente digo que no es verdad. ¿No se dan cuenta que creyéndonos perdidos, a Guillermo y a mí, ha mentido por vengarnos? ¿Y que por eso ha echado esa lápida sobre el nombre esclarecido del ilustre general Rosas? Que los salvajes unitarios lo publicaran en sus pasquines, prueba su falsedad: ¿han hecho otra cosa que mentir y matar? ¿El país viviría en paz si no fuera por el general Rosas? Así lo reconocía el mismo ilustre jefe asesinado: que V. E.—¡qué, instigador de la muerte del general Quiroga, V. E., síntesis de la patria! Quiroga era amigo mío, si podía hablarse de amistad, por las diferencias de categoría y de dotes. No había solicitud por la que se interesara que yo no acordara de inmediato. Los amigos del general Quiroga pueden decirlo: si yo no los favorecía, si lamenté su muerte, si le decreté las honras fúnebres más solemnes. De inmediato me apercibí de la desgracia horrenda que significaba el crimen: la patria sin uno de sus mejores hijos, mi provincia, que yo había hecho prosperar durante mi gobernación, envuelta en la tragedia, tambaleándose mi gobierno, mis hermanos y yo—

V. E. ve en lo que hemos caído (*mostrando los grillos*): desde una gobernación a esta miseria. (*Rosas hace una seña. Un oficial le habla al oído.*) Aunque no fué irreparable para la patria la muerte del general Quiroga, que otro de sus hijos, algo obscurecido hasta entonces por el brillo de aquél, supo ocupar, con más patriotismo, con más fe en la sagrada causa de los pueblos confederados, su puesto de primer plano: V. E., el ilustre gobernador... (*Tratando de oír, el gobernador se ha perdido. El oficial sale. Rosas lo mira, como diciéndole que continúe.*) El asalto seguido por el asesinato fué obra de Santos Pérez. Nadie lo quería mal a Quiroga. Santos Pérez, creyendo que nosotros queríamos su muerte—Sí: había resentimientos contra el general Quiroga, pero de ahí al crimen en despoblado: somos gente decente. Hay que ver qué clase de hombre es Santos Pérez: mientras que yo obtuve la suprema magistratura de mi provincia, que desempeñé durante años haciéndome digno de la confianza del pueblo cordobés y de los demás gobiernos de la Confederación, Santos Pérez se ocupaba en saltar y asesinar: por ladrón había sufrido doscientos azotes, públicamente, en la ciudad de Córdoba. Cuando ya era tarde lo supimos. Pues ese hombre entendió la orden que le transmitió Guillermo, mi hermano, como su jefe inmediato, de que ayudara al señor general Quiroga a su paso por su jurisdicción, como que nosotros le ordenábamos que lo asesinara. Si el ordenar a un subalterno que allane obstáculos a la marcha de un viajero, que le facilite todos los medios de movilidad que necesite y que garantice su seguridad, “porque —son palabras textuales de la comunicación de Guillermo, no me las olvidaré nunca— va en ello un gran servicio a la República”, si tales cosas hubieran de interpretarse como obra de una refinada hi-

pocresía, como una coartada pérfida para ofender más impunes, dejaría al momento de haber acción buena en el mundo. Santos Pérez nos había sido fiel siempre. ¿Quién iba a suponerlo capaz de eso? Se le encargó, pues, que buscara a los criminales. ¿No había él prestado el gran servicio al país de conducirlo preso a Santa Fe al general Paz? Era el oficial de más alta graduación en los departamentos del norte. Cuando el gobernador de Santiago lo acusó de ser el asesino, y a nosotros de encubridores, no pudimos, de buena fe, creerlo. Lo sabíamos hombre leal. De ahí que fuera, para nosotros, letra santa su declaración en el sumario. ¡Un militar, que jura por su honor de militar! Santos Pérez sólo puede alegar en su infame propósito de mezclarnos en el crimen, para salvarse él, que oyera a José Antonio proferir palabras imprudentes contra el ilustre jefe desaparecido. Siempre José Antonio: no se lo podía hacer callar, ni contenerse. José Antonio pudo haber dicho eso —pero no a él, miserable capitán, analfabeto, que iba a decirle el hermano del gobernador. En un momento de rabia, qué no se dice: hasta se desea la muerte de un hermano, y no por esto va a salir un asesino matándolo en despoblado. Y tanto miente ese canalla que incluye a V. E. entre los instigadores de la muerte del general Quiroga. Puesto que para robarlo... para satisfacer su apetito de sangre...

(*Vuelve el oficial, con Guillermo, engrillado. El gobernador y Guillermo permanecen abrazados durante un rato.*)

GOBERNADOR (*ante un gesto de impaciencia de alguien del acompañamiento de Rosas*).—Tenga el bien, señor, de no impacientarse. Hace once meses que no veo a mi hermano. (*Se sientan en el banco.*)

GUILLERMO (*moviendo los grillos, muy abatido*).— Siempre con esto.

GOBERNADOR.—Ya vamos a salir. Con el de ahora finalizan los últimos trámites. Probada nuestra inocencia...

GUILLERMO (*interrumpiendo*).—¡Quiero respirar, y ver! La celda es un pozo hediondo, sin luz. Señor Rosas: en ese hueco no viviría ni una rata. Me estoy quedando ciego. También por llorar, cierto. ¿Y cómo haré luego para ver el cielo, y el verde? ¡Mis campos! ¿Volveré a mis campos? Fueron éstos (*mostrando a su hermano*) los que me metieron... Yo era dueño de diez leguas, y sólo son mías ahora estas argollas. Yo no sabía nada de política, ni ambicionaba cargos, ni era un mandón: éste me hizo Comandante del Norte. A mí me gustaba tenderme en el pasto, y tuve que cabalgar y correr. Para que éste fuera gobernador, y coronel el otro.

(*Por el lado opuesto al de la entrada de Guillermo, salen Santos Pérez y tropa. Camina con las piernas entumecidas, y como aturdido. Al rato, se da cuenta de la presencia de los Reinafé. El gobernador lo mira, asombrado de que también él esté allí. Guillermo no se ha enterado de nada.*)

SANTOS PÉREZ (*por cortesía*).—Mi pesar por la muerte de don José Antonio. (*El gobernador le ha hecho señas, que no ha entendido, para que se callará.*)

GUILLERMO.—¿Qué? ¿Ha muerto?

GOBERNADOR.—El señor Rosas me lo había comunicado hace un momento. Murió anoche.

GUILLERMO.—¡Muerto!

GOBERNADOR.—No pudo resistir. (*Pausa.*) No te lo habían dicho para no abatirte más.

GUILLERMO.—Aguirre, que no soportó las palizas...

Costa, que no soportó el agua inmunda... Primero el asesinato de Quiroga; luego, los acompañantes, degollados... (*A Rosas, gritando.*) ¿Lo han degollado? (*A Santos Pérez.*) ¿Lo degollaron?

GOBERNADOR.—Murió de muerte natural: confesó y se arrepintió de todo...

GUILLERMO.—Y vos, ¿no te arrepentís? ¿Y vos, vivís?

SANTOS PÉREZ.—Tanta grita, don Guillermo, y nos van a matar mañana.

GOBERNADOR.—Miente, canalla. A usted lo ajusticiarán, por asesino, que a Guillermo y a mí nos absuelven...

SANTOS PÉREZ.—Nos matarán mañana, al mediodía. A todos. (*Quiere acercarse al banco, pero los grillos se le enredan, y cae con una queja. Se levanta en seguida, y se sienta.*)

GUILLERMO (*a gritos*).—¡Que me maten también a mí! Vos nos metiste en esto, para seguir de gobernador. (*A Rosas.*) Yo tuve que obedecer: él dió las órdenes...

GOBERNADOR.—Estás olvidado. (*A Rosas.*) Ni yo, ni Guillermo, tenemos nada que ver.

GUILLERMO (*a gritos*).—Yo le dije a Santos Pérez que lo asesinará...

SANTOS PÉREZ.—Así es.

(*Rosas da una patada en el suelo.*)

GOBERNADOR (*abrazando a Guillermo*).—Cálmate, calma. Quiroga quería apoderarse de Córdoba. Lo intentó con la fracasada revolución del comandante Castillo. ¿No es cierto?

GUILLERMO.—Sí.

GOBERNADOR.—Bueno. (*A Rosas.*) No sólo Córdoba, nuestras cabezas estaban también en juego. De entrar Quiroga en Córdoba, nosotros no dejaríamos de ser ahorcados

o fusilados. Yo quería escapar a Buenos Aires, pidiéndole protección a su ilustre gobernador. Pero no me dejaron. ¿Qué podía yo hacer contra ellos? Francisco es un violento. José Antonio, un energúmeno. Yo había sido gobernador. Eso me bastaba. Había hecho adelantar la provincia. Bajo mi acción gubernativa se había iniciado una era de prosperidad y bienestar. ¿Qué más podía pedir? Mi conciencia de gobernante estaba satisfecha. Pero ellos necesitaban seguir en el gobierno: la ambición de Francisco, la codicia de José Antonio.

GUILLERMO.—No te metas con José Antonio. Déjalo en paz. ¡Por favor!

GOBERNADOR.—Me amenazaron. En el viaje de ida se frustró el crimen por mi intervención. Bajo la presión de mis hermanos, elegí, para que lo matara, a un empleado de mi secretaría, medio zonzo. El otro, lleno de miedo, no hizo nada, que era lo que yo esperaba de él. Fué cosa de Francisco y de José Antonio. Francisco llegó a decir que si yo desaprobaba el crimen horrendo, me fusilaría. ¿Qué podía yo hacer? Tan era un prisionero de mis hermanos, que José Antonio, cuando quería hacerse de plata, me obligaba a delegarle el mando. Sí: yo sabía lo que se preparaba. ¿Pero iba a denunciar a mis hermanos? Alguno de ustedes (*dirigiéndose a la gente*), sabiendo que está por cometer un delito, aunque le subleve la conciencia, ¿sería capaz de denunciar a su propio hermano? No hay ninguna prueba, ningún indicio serio contra mí: En año y meses de interrogatorios, de vejámenes, de torturas, de todo lo inmundo físico y moral, no se me pudo arrancar ni una sílaba. Tan no he sido que no hay otra acusación contra mí que ser hermano de mis hermanos. Quiero dejar un nombre limpio a mis hijas. Usted, señor general, que tiene una hija: por ella,

¿qué va a ser de mí? (*llora*) Ni Guillermo ni yo tuvimos nada que ver. Fueron Francisco y José Antonio...

GUILLERMO.—No pareces hombre de bien. Sos un arrastrado, hipócrita. ¡Que nos degüellen, pero no se miente así ni por la vida de un hijo! Tú me pasaste la noticia de la bajada de Quiroga desde Santiago. Yo le avisé a Santos Pérez. (*A Rosas.*) Fué él, él.

GOBERNADOR.—No hay ningún indicio.

SANTOS PÉREZ.—Tan yo obedecí órdenes, que sabían mis soldados que si los llamaban a declarar...

GOBERNADOR.—Declararan... ¿eh? ¡Los asesinos diciendo la verdad!

SANTOS PÉREZ.—Hace un rato me llamó usted canalla y se lo dejé pasar.

GUILLERMO (*a gritos*).—¡Cuántas veces he de decirlo! Francisco y éste lo hicieron todo. José Antonio obedeció, como yo, como Santos Pérez. El tirador de plata que me encontraron era mío. Quiroga tendría uno igual. Las demás alhajas me las pusieron.

GOBERNADOR.—Para reventarte, infeliz...

GUILLERMO.—Señor Rosas: a mí me mandaron. Mis hermanos Francisco y éste me han dominado siempre, desde muchachos. Con el único que me llevaba bien era con José Antonio. El crimen era absurdo: yo se los dije. Me prometieron que no se cometería. Yo vivía feliz. No deseaba la muerte de nadie. Estaba en buena armonía con todos. Cuando el quince de febrero recibo la orden de hacerlo matar: la orden estaba firmada por el gobernador de Córdoba, mi hermano y mi jefe. "Avísele a Santos Pérez que llegó la hora de ejecutar lo que se le ordenó."

SANTOS PÉREZ.—Y lo hice así. El general Quiroga había sido condenado a muerte en Buenos Aires...

GOBERNADOR.—No es verdad. Fué lo que le hizo creer Francisco.

SANTOS PÉREZ.—Por orden de Rosas...

GOBERNADOR (*interrumpiendo*).—¿Usted la oyó?

SANTOS PÉREZ.—Ustedes, usted y sus hermanos me lo aseguraron.

GOBERNADOR (*dirigiéndose a Rosas*).—Es mentira. Miente este hombre. (*A Santos Pérez.*) A ver, la verdad, ¿yo le aseguré que el señor gobernador de Buenos Aires...?

GUILLERMO.—Yo le dije eso. Este y Francisco me lo aseguraron. Yo no lo creía. Me mostraron una carta por la que les decía que Facundo viajaba sin escolta, que ésa era la señal.

GOBERNADOR.—Mentís, mentís, crápula, inmundo. Mentís.

GUILLERMO (*en una gran excitación nerviosa, pegándole*).—Te voy a dar mentís, arrastrado, felón.

SANTOS PÉREZ (*separándolos*).—El coronel me lo aseguró. El coronel no me ha engañado. (*Al gobernador.*) Aquí el único que miente es usted.

GOBERNADOR (*a Guillermo*).—¿Te cercioraste de la firma? (*A Rosas.*) Para efectuar pagos de tesorería o exonerar de impuestos, solía falsificármela José Antonio.

SANTOS PÉREZ.—De eso era muy capaz su hermano José Antonio.

GUILLERMO (*a gritos*).—Déjenlo en la tumba. Entre todos lo matamos. Yo, vos, todos. Todos. "Que no escapara nadie." Y no escapará nadie. Porque ninguno, nadie, ni nunca. (*llora, desesperado*) ¿Qué voy a hacer ahora? Señor gobernador: es horrible que no escape nadie. (*Rosas hace una seña, y dos soldados se lo llevan.*) ¡Yo quiero escapar! ¡Quiero escapar! ¡Matar! ¡Escapar!

GOBERNADOR (*corriendo detrás*).—Trátenlo bien. Cuidenlo. (*Volviendo, a Rosas.*) No sabe lo que dice. La muerte de José Antonio lo ha puesto como loco. Eran muy compañeros.

SANTOS PÉREZ (*a Rosas*).—¿Para esto nos han traído? ¿Careo, y estamos ya condenados? Pues mañana nos matan, esta farsa sobra.

GOBERNADOR.—¿De dónde saca que nos matan mañana?

SANTOS PÉREZ.—A mi mujer se lo dijo un oficial.

GOBERNADOR.—¿Recibe usted visitas?

SANTOS PÉREZ.—Lo conté todo, desde el principio: quién me mandó, qué hice. No tenía nada que ocultar. Un soldado no elude las órdenes. ¿Para qué mentir? ¿Iba a engañarlo un gaucho de la sierra al general Rosas?

GOBERNADOR.—Tampoco yo he intentado engañarlo, ni menos trabar el curso de la justicia. Que se haga justicia: que se lo traiga a Francisco de Montevideo y que diga si yo o Guillermo tuvimos alguna participación. ¿Si delante mío, el día de la llegada de Quiroga a Córdoba, para obligarlo a realizar el crimen, y en mi propio despacho, no amenazó a Cabanillas? Fui siempre un prisionero de mis hermanos. (*Pausa.*) Las inculpaciones provienen de la necesidad de derribarme del gobierno. Son insidias de mis enemigos políticos, señor general Rosas. El pobre Guillermo no sabe lo que dice: V. E. ha visto el estado deplorable en que se encuentra. Creyendo que lo que se busca es hundirme, el pobre no atina, en sus manotones por salvarse, a otra cosa que acusarme. Inventa órdenes que nunca di — nunca — y en su infelicidad, para halagarlo, Excelentísimo Señor, pretexto hasta invocaciones a su esclarecido nombre. Y utiliza la mala fe de este hombre, asesino personal

del señor general Quiroga, del doctor José Santos Ortiz y de un soldado de su propia partida, y la deposición de este hombre, pese a todos los antecedentes, y ladrón, además, por sus manos, del equipaje de la ilustre víctima...

SANTOS PÉREZ (*a Rosas*).—Todo eso es falso. Yo no trato de evadirme de la pena. Si todo ya está hecho, si no tiene remedio. (*Al gobernador.*) Este careo, a mi entender, es para darnos una oportunidad última de iluminar lo sucedido. ¿A qué otro fin, sino? Diga usted la verdad y podrá salvar a su hermano Guillermo, y quizás a mí, si Dios lo quiere. Guillermo obedeció a su superior, el gobernador, y yo a mi jefe, el Comandante del Norte. El jefe manda. El subordinado obedece. Así, desde que el mundo es mundo. Pero el jefe da la cara...

GOBERNADOR (*interrumpiendo*).—Francisco fué siempre un cobarde. Huyó a Montevideo...

SANTOS PÉREZ (*interrumpiendo*).—Es Rosas quien debe levantarse, en vez de estarse ahí sentado, y decirles a estos señores: Yo mandé matar a Facundo Quiroga.

(*Pausa.*)

GOBERNADOR.—Vean la treta del gaucho bruto. Complica a mi hermano y a mí, acogiéndose a órdenes que le son imposibles de probar, y como eso no basta para salvarse, acusa a V. E.

SANTOS PÉREZ (*a la gente*).—Había que salvar al país de Facundo, unido a los salvajes unitarios. Rosas lo envió al interior, concertada con los Reinafés la ejecución. En Buenos Aires no era posible matarlo. Había que simular un crimen—venganza o malhechores, para que el país no ardiera. Era de justicia: quería entregar el país. Por no haber ley, se lo ejecutó en la sierra, a escondidas. Quiroga se pasaba a los unitarios, Rosas lo había condenado, de

acuerdo con López y con Reinafé—el coronel asistió al acuerdo. Yo fuí sólo el brazo ejecutor.

GOBERNADOR (*a Rosas*).—Está aclarado ya suficientemente este punto. Ordene V. E. que se pase a otro.

SANTOS PÉREZ.—Y esto es lo que mi pobre cerebro no entiende. ¿Por qué Rosas? Los Reinafés eran muy poca cosa para que la ejecución la hubieran ideado ellos. ¿Trataron de envenenarme por eso, para que no contara que fué Rosas...?

GOBERNADOR.—Otra mentira.

SANTOS PÉREZ.—¿Niega usted que me sirvió en una copa de licor un ácido venenoso?

GOBERNADOR.—Niego. Juro que no es cierto. Que no intervine, ni en el crimen, ni sabía, hasta este momento, lo del veneno.

SANTOS PÉREZ.—Me da asco usted. Hijo de gringo, ¿quería. ¿Qué me había hecho a mí, Quiroga? ¿Qué me importaban a mí las peleas entre ustedes? Ustedes no se salvarán a mi costa. Al ejecutar a Facundo Quiroga, yo no ignoraba lo que me iba a pasar. Bien descontaba que me jugaba la vida, como en una carga, a punta de lanza, y que lo menos improbable era quedar boqueando entre los tuyos.

GOBERNADOR.—Vean cómo se contradice...

SANTOS PÉREZ (*interrumpiendo*).—Todo se contradice: De absurdos está lleno todo. Todo. Ya no sé nada. Quiéren probarme, a mí, que no me han dicho lo que estos mismos oídos han oído.

GOBERNADOR.—Nadie le ha dicho jamás que matara a Quiroga.

SANTOS PÉREZ.—Usted, en su despacho grande.

GOBERNADOR.—Nunca lo he visto por mi despacho.

SANTOS PÉREZ.—Era por la navidad del año mil ocho treinta y cuatro.

GOBERNADOR.—Tenía a mi mujer enferma por esos días, y no concurría a la casa de gobierno.

SANTOS PÉREZ (*gritando*).—Aquí cayó, aquí cayó. No iba a su despacho, y ordenó a Cabanillas la ejecución de Quiroga. No hace un momento que lo dijo. La lengua lo mató, la lengua. Rosas no lo va a salvar porque lo tape: nos fusilará lo mismo, sin lástima. Este careo es una farsa. (*A la gente.*) A mí me mandó el gobernador Reinafé, por orden de Rosas.

GOBERNADOR.—El general Rosas tiene la palabra...

SANTOS PÉREZ.—Usted lo tapa, y él calla. (*Al Gobernador.*) Pero la verdad la sabe usted: dígala. ¡Dígala!

GOBERNADOR (*a la gente*).—El general tiene la obligación de decir la verdad. (*Pausa larga. Todos lo miran a Rosas. Dirigiéndose a él.*) Usted es el juez. Una palabra suya y estamos salvados. (*A gritos.*) ¡Diga algo! ¡Conteste!

SANTOS PÉREZ.—¿Qué va a contestar Rosas? ¿Va a decir que fué él el asesino?

GOBERNADOR (*con voz vibrante, a la gente*).—Hemos sido instrumento de Rosas. Esto es lo estúpido, lo increíblemente estúpido: Hombres grandes, duchos, enredados por Rosas, como criaturas. ¡Es mentira que Quiroga se pasaba a los unitarios! Rosas mandó matarlo, de celos, para treparse al poder supremo de la nación. Pónganle estos grillos, o suéltense: Mi culpabilidad se identifica con la de Rosas. Nos hemos estado sacrificando por salvarlo. Una mosca no se mueve en el país sin orden de Rosas: Los Reinafé no iban a ser tan cretinos como para asesinarle a Quiroga sin orden expresa y clara. "Librenme de Quiroga", me escribió. El papel... En el curso del proceso desapareció el

papel. El verdadero asesino fué Rosas. Los demás cumplimos órdenes. (*Angustiado.*) Rosas necesitaba las facultades extraordinarias. No se las acordaban. ¿Por qué? ¿Qué motivo había para darle todo el poder a Rosas? El poder de matar, de confiscar, de vejar, de imponer impuestos. Había que sacudir al país, sacudirlo en forma. Que la gente decente acudiera a Rosas como al salvador. Y de paso, eliminar a Quiroga, rival posible, aplastar a López, adueñarse de Córdoba, asesinar a los Reinafé. ¡Qué cosa magnífica es el cerebro de Rosas!

SANTOS PÉREZ.—Mañana, cuando me fusilen, gritaré con todas mis fuerzas: "¡Rosas es el asesino! ¡Rosas mandó matarlo!" Me he de ensayar en la celda. (*Gritando como si estuviera frente al piquete de ejecución.*) "¡Rosas es el asesino! ¡Rosas! ¡Rosas!" Tendrán que arrancarme la lengua si no me quieren oír. Mi voz será más fuerte que los redobles con que quieran apagarla. (*Pausa.*) Pues un hombre no mienta en el momento justo en que lo matan. (*A un gesto de Rosas, se los llevan: Santos Pérez, en silencio; el Gobernador grita al salir:*)

GOBERNADOR.—¡Rosas mandó matarlo! ¡Rosas es el asesino!

(*Rosas, inmóvil. Los demás los siguen, menos Rosas y el bufón, que salen al rato: El bufón, con miedo. Rosas, frío, duro. Es un poder implacable. El telón cae sobre la escena vacía.*)

Telón final

Erwin F. Rubens

ESPEJO

Normas

León Felipe

I

No quiero el verbo raro
ni la palabra extraña.
Quiero que todas,
todas mis palabras
—fáciles siempre
a los que aman—,
vayan ungidas
con mi alma.

II

Y quiero que mi traje,
el traje de mis versos,
sea cortado
del mismo paño recio,

*del mismo
pañó eterno
que el manto de Manrique
—como el de Hamlet, negro—
amoldado
a la usanza de este tiempo
y, además,
con un gesto
mío
nuevo.*

◆

*Más bajo, poetas, más bajo.
No lloréis tan alto,
no gritéis tanto;
más bajo, más bajo, hablad más bajo.
Si para quejaros
acercáis la bocina a vuestros labios
parecerá vuestro llanto
como el de las plañideras, mercenario.*

◆

*Más sencilla, más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos.
Los brazos en abrazo hacia la Tierra,
el ástil disparándose a los cielos.*

*Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto,
este equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla, más sencilla;
haz una cruz sencilla, carpintero.*

◆

¡Que os guíe Dios!

*¡Oh pobres versos míos,
hijos de mi corazón,
que os váis ahora solos y a la ventura por el mundo...,
que os guíe Dios!
Que os guíe Dios y os libre
de la declamación;
que os guíe Dios y os libre
de la engolada voz;
que os guíe Dios y os libre
del campanudo vozarrón;
que os guíe Dios y os libre
de caer en los labios sacrílegos de un bistrión.
¡Que os guíe Dios!
Y El, que os sacara de mi corazón,
os lleve
de corazón
en
corazón.*

Antonio Machado

*V*ERSO libre, verso libre...
*Librate, mejor, del verso
cuando te esclavice.*

◆

*Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.*

◆

—¿Mas el arte?...
—Es puro juego,
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el ascua encendida.

◆

*No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.*

◆

*Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo.*

*Del romance castellano
no busques la sal castiza;
mejor que romance viejo,
poeta, cantar de niñas.*



*Concepto mondo y lirondo
suele ser cáscara hueca;
puede ser caldera al rojo.*



*Toda la imaginería
que no ha brotado del río,
barata bisutería.*



*Prefiere la rima pobre,
la asonancia indefinida.
Cuando nada cuenta el canto,
acaso huelga la rima.*



*Nunca traces tu frontera
ni cuides de tu perfil;
todo eso es cosa de fuera.*



*Si vino la primavera,
volad a las flores;
no chupéis cera.*



*En mi soledad
he visto cosas muy claras,
que no son verdad.*



*Despacito y buena letra:
el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.*



*Cantores, dejad
palmas y jaleo
para los demás.*



*Autores, la escena acaba
con un dogma de teatro:
en el principio era la máscara.*



*No desdeñéis la palabra;
el mundo es ruidoso y mudo,
poetas, sólo Dios habla.*

Unamuno

PRETENDES desentrañar
 las cosas? Pues desentraña
 las palabras, que el nombrar
 es del existir la entraña.
 Hemos construído el sueño
 del mundo, la creación
 con dichos; sea tu empeño
 rehacer la construcción.
 Si aciertas a Dios a darle
 su nombre propio, le harás
 Dios de veras, y al crearle
 tú mismo te crearás.
 La lección te pongo en verso
 por sujetar su osamenta,
 que el hueso del universo
 sobre compás se sustenta.

Prosa? Y qué sabéis vosotros,
 jugadores de la forma,
 y gongorinos de pega,
 lo que es prosa?
 Poesía pura? El agua
 destilada, no por obra
 de nube del cielo, pero
 de redoma.

Deshumanad! Buen provecho!
 Yo me quedo con la boda
 de lo humano y lo divino
 que es la gloria.
 Ni agua alquitarada; sangre
 en que cante en fuego de ola
 la calentura sagrada
 creadora.
 Con raíces bajo tierra
 y al viento de Dios la copa
 y hojarasca entre las flores
 y hasta broza.
 Prosa con polvo y con lodo
 manchada, fatal escoba;
 nos depara el barrendero
 dulce sombra...!
 Descanso en limpio retiro
 para soñar cuando dora
 el sol que se pone al cielo
 nuestra hora...

Denso, denso

Mira, amigo, cuando libres
 al mundo tu pensamiento,
 cuida que sea ante todo
 denso, denso.

*Y cuando sueltes la espita
que cierra tu sentimiento
que en tus cantos éste mane
denso, denso.*

*Y el vaso en que nos escancias
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
denso, denso.*

*Mira que es largo el camino
y corto, muy corto, el tiempo,
parar en cada posada
no podemos.*

*Dinos en pocas palabras,
y sin dejar el sendero,
lo más que decir se pueda,
denso, denso.*

*Con la hebra recia del ritmo
hebreros queden tus versos,
sin grasa, con carne prieta,
densos, densos.*

Juan Ramón Jiménez

El poema

*No le toques ya más,
que así es la rosa!*

Acción

*No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra.*

El fundidor

*¡Forjadores
de espadas;
aquí está
la secreta palabra!*

*Arraigado.
Pero que no se vea
tu raíz.*

*¡Sólo, en el día nuevo,
lo verde, el pájaro, la flor!*

¡Intelijencia, dame
 el nombre exacto de las cosas!
 ...Que mi palabra sea
 la cosa misma,
 creada por mi alma nuevamente.
 Que por mí vayan todos
 los que no las conocen, a las cosas;
 que por mí vayan todos
 los que ya las olvidan, a las cosas;
 que por mí vayan todos
 los mismos que las aman, a las cosas...
 ¡Intelijencia, dame
 el nombre exacto, y tuyo,
 y suyo, y mío, de las cosas!

Jorge Guillén

Perfección del círculo

CON misterio acaban
 En filos de cima,
 Sujeta a la línea
 Fiel a la mirada,

Los claros, amables
 Muros de un misterio,
 Invisible dentro
 Del bloque del aire.

Su luz es divina:
 Misterio sin sombra.
 La sombra desdobra
 Viles mascarillas.

Misterio perfecto,
 Perfección del círculo,

Círculo del circo
 Secreto del cielo.

Misteriosamente
 Refulge y se cela.
 —¿Quién? ¿Dios? ¿El Poema?
 —Misteriosamente...

Normas, porque *Poética* sería pretensioso: el planteo —la norma— de lo que cinco poetas españoles y postmodernistas han querido hacer, no en exposición, ni doctrinario, sino poéticamente, en poesía. En prosa, la *Antología* de Gerardo Diego, el *Juan de Mairena* y el *Cancionero apócrifo*, de Antonio Machado, el epílogo a la *Segunda antología poética* y muchos aforismos y prólogos de Juan Ramón Jiménez, etc. — E. F. R.

NOTAS

UN LIBRO DE ADOLFO BIOY CASARES:

“LUIS GREVE, MUERTO”

Por este cauce, por esta dimensión corre la prosa de los relatos de este libro: “Se amaban en tarjetas postales pero ella no lo sabía. Su padre era productor de tarjetas postales y le adivinó el destino de estrella, pero, guardián de su virtud, la fotografiaba de la mano de nadie y después la unía mediante secretas superposiciones a un joven declarado al vacío”; por esta otra: “De noche uno de los mellizos salía del cuerpo en que había pasado el día y se metía en el otro. Dormían juntos. Antes de que las grietas crujientes de la noche hicieran luz, cualquiera de ellos iba a ocupar el cuerpo vacío. Sus almas, por andar indistintamente en el cuerpo de la chica o en el del chico, y como las almas que en la eternidad van olvidando la vida, no tenían la costumbre de un sexo”; por ésta: “Estaban en el escritorio haciendo algo así como una excursión por las arañas y los muertos de los viejos papeles, muertos que bromean y piden que lleven café del bueno, porque el último es intomable”.

No encontrará el lector en estos relatos la exigua y normal realidad de primer plano que presenta la vida. Imaginamos a quien deja el libro al leer uno o dos de ellos —a los que no podemos clasificar de cuentos—, desconcertado por su aparente ilogismo e inco-

herencia, reacio a ser llevado a esas zonas inusuales y extraordinarias, de aventuras de la imaginación y del espíritu hacia donde desvía a cada instante el autor el hilo de sus narraciones, y a quien, interesado o captado por la fuerza indudable de muchas de sus páginas, apura totalmente su lectura. Porque es mágico, abstruso —mitad realidad, mitad fantasía— el mundo que nos propone Bioy Casares en la mayoría de sus relatos. Lo esencial en ellos son sus buceos de la más recóndita subconciencia, sus mágicas alusiones, sus instantes recortados en un recuerdo depurado, sus sorprendidas asociaciones de ideas, su secuencia de imágenes en ocasiones de una muy honda y fina expresión: Ciertos párrafos de “Incesantes naves”, por ejemplo. Por ejemplo, el final de “La fotografía perdida”.

En este país de absoluta falta de imaginación (para la literatura y para muchas otras cosas fundamentales) la aparición de un libro como éste nos consuela. La literatura de ficción, en nuestro país, es rastrera y opaca. No osa, o no sabe, elevarse sobre la realidad y adentrarse en el terreno de la fantasía. Bioy Casares lo hace. Seguro, dueño de un estilo propio, armado con las mejores virtudes para el género. Su imaginación es una de ellas. Porque la imaginación constituye, precisamente, uno de los valores de este libro. De éste, y de los anteriores libros de Bioy Casares. Imaginación y atmósfera. Ambas cosas —viva y poética la una, densa, alucinada y muy propia la otra— hay en los relatos de “Luis Greve, muerto”. Sus personajes nadan en aguas profundas. Los vemos moverse en ellas aludiendo repetidamente, en sus actitudes, en sus pensamientos, y en sus palabras, a eso que yace en el corazón de las cosas; vivir como entre sueños, determinados por profundos movimientos del espíritu. (“...y sus ojos se fueron con lentitud del cansancio del ensueño a una hondura silenciosa de atrás de las palabras en donde me buscaron porque sabían que podíamos entendernos”). Conocemos sus zonas de recóndita intimidad, los fugitivos temblores de sus vidas. Hay retratos que, en vez de la pintura física de un personaje, nos da toda su significación en el recuerdo, toda la poesía y esencia que es posible recuperar. En la página 121, en ese relato admirable “El cuarto de abajo de la escalera”, hay un ejemplo: “Andrea, mi vieja niñera mulata que hablaba con globitos de saliva entre los labios de los que siempre sale para mí la palabra niñera, me dijo”.

En el superrealismo, lo que interesa —además de su valor como

instrumento para horadar el misterio de la realidad, además de ciertos fines metafísicos que se le atribuyen— son los raros y preciosos metales que extrae el autor al calar en la subconciencia y en las zonas del recuerdo, casi irrecuperables. Fuerza es referir a esta modalidad literaria la obra de Bioy Casares. Máxime cuando, en ocasiones, la semejanza, intencionada o no, es tan manifiesta. (Pensamos que es imposible querer escapar, al expresarnos en determinada dirección, a ciertas influencias que están, por responder a profundas razones del espíritu de la época, en el aire que respiramos). Pero adelantemos que no todas las piezas que Bioy Casares extrae son de pareja calidad. En ciertos pasajes, el tejido de imágenes de sus relatos muestra demasiados sobresaltos, caprichosas y desagradables desviaciones. Giros hay desconectados de esa férrea lógica interna que debe presidir la composición. No todo es entera libertad en este sistema. El nihilismo mismo debe ser condicionado, calculado, parecer necesario siempre. Aquí, lo mismo que en música, una disonancia sólo se justifica por una absoluta necesidad de expresión. Algunos de los relatos de *Luis Greve, muerto*, se resienten de inútiles extravagancias. “El almacenero y el misterio” muestra estos descuidos. Otros, en cambio, como “Intemperie” y “Promesa” nos dan la entera presencia del escritor, su voz segura y firme. Otros, la indudable y como oculta condición poética que rige la obra de Bioy Casares. Ahí está, para demostrarlo, la prosa lírica de “Coro de todas las cosas del día”.

Gusta el autor de “Luis Greve, muerto”, de construir sus piezas fantásticas sobre una realidad criolla. A veces, una sola palabra de genuino sabor criollo, adquiere, en lo irreal y sobrenatural de un relato, una extraña resonancia. ¿Debemos decir que es éste uno de los motivos que asignan un particular interés a este libro de recuerdos, relatos, momentos acaso autobiográficos, impresiones? La facilidad, la comodidad de los países imaginarios, están casi desterrada de él. — ENRIQUE MALLEA ABARCA.

BRUNO JACOVELLA: EXPLORADOR DE LO VEROSIMIL

No querrá Ud. que sostenga una discusión científica a las pocas horas de haberme ahogado!...”—exclama desde su muerte inaparente uno de los extraños personajes que Bruno Jacovella saca a flote en sus *Viejas historias descorazonadas* *.

No se confíe en que se trata de una individualidad imposible y fantástica. No todos los ahogados que conversan —literariamente hablando— pertenecen al mundo de la pura fantasía. ¿Es entonces real? Tampoco lo sabemos. Simplemente, el personaje, es un hombre que bien puede proceder, como afirma, del fondo del mar, ahogado, cosa difícil de probar sin embargo, visto sus apariencias y conducta vivientes, pero tampoco enteramente negable si se considera que el mero hecho de no haberse dado nunca un caso semejante no excluye o discute la posibilidad del suceso. ¿Es esto fantasía? No exactamente. Si hemos de buscar la designación adecuada, propongamos una palabra: verosimilitud. ¿Podremos saber, entre tanto, con cierta precisión en qué latitud se encuentran con relación a la realidad las historias fantásticas y aquellas que llamamos verosímiles?

El objeto de lo fantástico es realizar irrealidades destruyendo la noción de la absurdidad que toda irrealidad lleva implícita. El objeto de lo verosímil sería adecuar la fantasía al sentimiento de realidad sin el cual no es dable aceptar ningún hecho como posible, aunque no precisamente como real. La fantasía constituye el orden sobrenatural de lo imaginativo por contraposición a su orden natural que es la simple imaginación. Podríamos llamarlos —atendiendo al mecanismo que los produce— la *sinrazón* y “*conrazón*” respectivamente, de la realidad, desde que la realidad se proyecta sobre ambos mundos creacionales y según la equivalencia o no equivalencia de relaciones resultantes hablamos de imaginación real o de imaginación fantástica, y, además, por el hecho comprobable de que la una (fantasía) ejercita sobre la razón un sobornante poder inhibitorio, sumiéndola en una especie de ebriedad pasiva, mientras la otra (simple imaginación) la excita, o por lo menos deja actuar libremente. Julio

(*) Un volumen de 120 páginas. Edición del autor.

Verne que era esencialmente fantástico, no usaba de razón, “no tenía razón alguna” al dar vuelo a su enjambre de cosas irreales. Sólo que éstas conforme se realizaban le iban dando la razón de que carecía al concebirlas...

Llamemos fantasismo (en el teatro ilusionismo) al sistema de concepción que comporta exclusivos elementos quiméricos; y, por analogía, realismo a la constelación imaginativa de elementos puramente reales. Ahora se nos cruza una tercera órbita, bien diferenciada aunque participando virtualmente de las posibilidades de lo fantástico y de lo real: lo verosímil. Lo verosímil, que para nuestra antojadiza clasificación vendrá a determinar el “verosimilismo”. El mundo verosímil afecta por igual a lo fantástico y a lo real, aunque no todo lo fantástico ni todo lo real resulte verosímil. Más de una realidad, si se analiza bien, es razonablemente inverosímil. Contrariamente, algunas de las más audaces fantasías de Wells pueden ser verosímiles. No es justo por lo tanto caer en la frecuente ligereza que da lo inverosímil por fantástico con fuerza de sinónimos.

Estos ingenuos reconocimientos nos son —con todo— útiles para buscar ubicación exacta al clima sutilísimo siempre conjetural, que infunden las historias de Bruno Jacovella **.

Ni pura fantasía ni puro realismo y usando de ambos sólo su proyección hacia lo verosímil, he aquí la pasión de estos relatos. Dos discípulos que se reencuentran después de muchos años reanundando el hilo de la vieja amistad, descubren con fastidio y no sin pena irremediable, luego de una frecuentación bien afectiva de entrevistas diarias, que han estado engañados mutuamente, respecto a la presunta identidad del otro, pues al cabo resulta que nunca antes de entonces se habían visto, ni fueron condiscípulos jamás (“Condiscípulos”, pág. 33).

(**) ¿Quién es Bruno Jacovella? Sólo la impersonal y vaga —aunque a veces extensa— nota periodística ha hecho mentas, hasta ahora, de este nombre. Los descubridores de celebridades transoceánicas están muy ocupados en consagrar a Huxley ¡desde aquí! o explicar todavía las contingencias de Virginia Woolf, para que les sea dado comprobar que acaba de aparecer en Buenos Aires un escritor importante a quien vale la pena no ignorar aunque sea argentino. Confiamos, sin embargo, en que su primer libro ha de sobrevivir a la pedante inadvertencia actual. Creemos que es una nota excepcional, perdurable por sí misma, que las revisiones venideras tendrán que destacar reparadoramente.

Un hombre que se ve transformado en violín al conjuro de un “tema innoble de vals” como él llama a una música callejera, y que sólo recobra su condición humana cuando ha desaparecido la obsesión musical (*Historia sobre un tema innoble de vals*, pág. 99). El artista que advierte una mañana, asomado al espejo, que ha perdido su rostro, que al robarle el motivo para un poema sinfónico le han despojado de su propia cara (“Frente al espejo”, pág. 11). Tales son las simplísimas, desnudas, anécdotas de que se vale Bruno Jacovella para encontrarse con lo verosímil y substraer de este elemento abstracto la substancia operable. Animar lo verosímil, humanizar la sola posibilidad del hecho presumible sin darle por un lado (tratando de no darle, mejor dicho), categoría de suceso real y coartando por el otro la tensión a la pura fantasía, de lo imaginativo, este parece ser el eje tónico de las “historias descorazonadas”.

Una ligera impregnación poética y una tenue gimnasia filosófica, dan color a esta prosa cordialmente emotiva, zumbonamente conmovedora, que modula —la referencia musical obsede— sobre la escala de lo verosímil, sin llegar a la disonancia increíble (auditivamente inaceptable) ni caer en el acorde ordinario (demasiado vulgar y creíble, no sorprendente al oído).

Resulta, pues, cñbal, con referencia al método y al medio de los cuentos de Bruno Jacovella, hablar de “verosimilismo”, sin que esto importe —bueno es aclararlo— la proposición de una tentada nueva escuela.

Es grato constatar que el mundo no es tan aburrido y doméstico (poco inusitado) y que en los hechos cotidianos hay una permanente posibilidad de milagro.

Este enunciado podría ser el punto de partida de la pasión de Bruno Jacovella. Y en la zagacidad para inducirnos a aceptar su premisa reside el mérito principalísimo que, en cuanto a narrador, le reconocemos. Usando sin prejuicios de su entusiasta poder de acomodación logística, nos embarca con la mejor disposición de ánimo en cualquier tema de divagación —que con frecuencia encuentra gran calidad poética— y donde otro narrador pondría una complicada trama de sucesos comprobados Jacovella se limita a colocar una simple urdimbre de hechos tan sólo —pero fuertemente— presumibles. Sus historias carecen por lo general de argumento. En lugar de argumento dan

argumentaciones. A esto (y por otras razones, posiblemente de orden sensorial) llama el autor descorazonadas historias. Bruno Jacovella se entretiene en considerar episodios a veces trivialísimos ejercitando sobre ellos el poder analítico que Poe aplicaba a sus magníficamente enmarañadas historias policiales. Es un imaginativo puro, podríamos decir, atendiendo a la diferenciación que el citado gran poeta americano (norteamericano) establecía entre lo imaginativo y lo fantástico. Poe mismo no era exclusivamente fantástico. Precisamente su orgullo de narrador no descansaba en la arquitectura barroca de los relatos que escribió, cuanto en la maravillosa facultad analítica de que se servía para desmenuzarlos valorizándolos. Sus argumentos no eran más que pretextos. Sobre ellos, como sobre una piedra monumental, el autor de *Crímenes en la calle Morgue*, hacía valer a manera de buril su talento analítico.

La elección de temas triviales es de la mayor peligrosidad, porque suele constituir, bien una acabada prueba de cretinería, bien un sospechoso dandismo literario. Hay casos, sin embargo, en que la predilección por el tema trivial es la gran audacia del talento. Cito a Sterne. Entre nosotros, Macedonio Fernández ha jugado a la intrascendencia genial con la facilidad de quien prueba su puntería por debajo de la pierna. Por el contrario, Gómez de la Serna al intentar el salto se quedó enganchado en cualquier rama de lo superficial y desde ella hace gracias como un mono, contando que los simios nos parecen a veces inteligentes.

Bruno Jacovella teje deliberadamente sus historias sobre temas triviales porque convienen a "su" caso humorístico. Hace del trascendentalismo y de la solemnidad precisamente su conejo de indias. Emplea el tono grave y circunspecto en la elucidación de nimiedades para obtener su "clima de humor", pero sin excluir por entero el itinerario dramático. Es un sentimental que se introspecciona, que se vigila bondadosamente y bondadosamente expulsa los impulsos emotivos exagerándolos sin escarnio. Pone al lugar común en riguroso traje de frase hecha. Como un actor que escribe representando (co-media en tono de ópera) respeta el texto de la vida a través de los convencionalismos literarios que pone en descubierto. Desearía probar, se nos ocurre, que el patetismo tiene anverso y reverso pero que de cualquier lado es patetismo. No se queda corto en la penetración de los seres y de las cosas. No se queda en lo inocentemente ingenioso.

Y si emplea el ingenio como elemento liviano de trabajo, su personalidad está más allá de su elemento. Es en la aptitud analítica donde hay que buscarle una clasificación. Así como sólo aparentemente puede considerarse a Edgard Poe un cuentista fantástico, también sólo externamente se justificaría para este escritor argentino el simple calificativo de ingenioso. Poe era un trágico del análisis. Jacovella —guardando las distancias convenientes— es un analista humorístico.

Cuando es noble y genuino, el humorismo no anula por completo ni destruye la tensión dramática. Sólo que, dominándola, se sobrepone a ella. Constituye, apropiadamente, su expresión paradójica. La esencia dramática de la vida es indestructible. Por otra parte está reconocida como elixir del arte. Los buenos humoristas nos la dan a beber con la mágica persuasión de la sonrisa. Todo esto es honestamente aplicable al estilo de Bruno Jacovella, prosista, por otra parte, de adjetivación (¿es esta la marca de fuego de su estilo?) excelente. Sus *Viejas historias descorazonadas* lo perfilan como un fino representante —inesperado brote entre nosotros— de esa actitud magnífica, humanísima, (no humanista, sin embargo), que en la nomenclatura literaria se designa "humorismo romántico". — JUAN OSCAR PONFERRADA.

"ELLOS NO OLVIDARÁN"

CUANDO amamos una cosa, su alegría es una razón para amarla, y su tristeza es una razón para amarla más. Todas las opiniones optimistas y todas las opiniones pesimistas sobre Inglaterra son igualmente buenos estímulos para encender el patriotismo inglés". Este, por supuesto, es un estilo sajón de pensamiento: nosotros, latinos, consideramos que cuando amamos una cosa debemos disimular sus defectos. No es concebible que un verdadero "criollo", así se llame Cozzolino, emita alguna opinión depresiva sobre algo nuestro. Encontrará en seguida un coro de voces que lo apostrofarán con energía: "¡Si usted habla mal del país, no tiene derecho a llamarse criollo, amigo!" Con este sistema nos pasamos la vida aplaudiendo o tole-

rando los cantantes de tangos, el tango, las cantantes de ídem, los Canaros, las empanadas, los Enrique Maroni y otros Virgilio aú menos Maronis.

El conformismo enfermizo se extiende a todos los campos del arte y de la crítica, porque, de paso, es un modo de acomodarse. Y nadie se atreve a documentar la miseria de esas oleadas de hombres tan alejados de un destino pleno y fecundo que hasta se alegran de no tener destino.

Se me ocurrían estos desahogos viendo *Ellos no olvidarán*. Este *film* constituye la última expresión de una tendencia ya antigua que se inició, si no me equivoco, con *Soy un Fugitivo*, realizada, justamente, por el mismo director: Mervyn Le Roy. Entre uno y otro, han sido buenos ejemplos *Furia* y *Sólo vivimos una vez*. Su eficacia proviene de que prescinden de toda mojigatería patriótica y muestran la realidad del odio y el horror de la venganza con la crudeza de las grandes realizaciones artísticas. No es un *film* policial, aunque tenga asunto policial. Carece, para entrar en aquella categoría, de toda deducción detectivesca y de intención real de encontrar un culpable. Su intención es, pues, puramente dramática y realista. Pero sobre su desarrollo flota ante todo, con una opresora insistencia, el odio elemental del hombre que sólo busca un cauce para difundirse; el odio, en este caso, del Sur contra el Norte.

La condena de un hombre, sin pruebas, con objeto de satisfacer el deseo de venganza de los habitantes de un pueblo del Sur y al mismo tiempo procurar al fiscal la necesaria popularidad para aspirar a la gobernación, se presta a una vigorosa sucesión de escenas dramáticas donde no es más acertada la elección de los rostros que la invención de imágenes alusivas, como la de un poste ferroviario, utilizado para colgar la correspondencia recogida a toda marcha, y que en la pantalla substituye, con su forma de horca y como síntesis gráfica y poética, a toda una escena de linchamiento.

Ellos no olvidarán, según me informaron, no se llama así en el original; se llama mejor: *Muerte en el hondo Sur*. — MANUEL PEYROU.

| | |
|---|--------------|
| FACUNDO CHÁRETÓN <i>Procurador</i> Escrito del Dr. Cháretón | |
| Paraguay 648 | 31 - 1285 |
| <hr/> | |
| DR. JULIO NOÉ <i>Abogado</i> | |
| Santiago 1380 | 38 - 0719 |
| <hr/> | |
| ATILIO DARIO RADAELLI <i>Ingeniero civil</i> | |
| Buenos Aires 333 | 63 - 6483 |
| <hr/> | |
| BOLETIN DE DERECHO INTELECTUAL <i>Dirigido por</i> RADAELLI Y MOUCHET | |
| Buenos Aires 333 | Buenos Aires |

TRAJES

sobre

MEDIDA

desde

\$ 75

en

ALBION HOUSE

CANGALLO Y MAIPU

Capítulo

Directores:

Sigfrido A. Radaelli, Erwin F. Rubens, Enrique Mallea Abarca
Calle JUNCAL 2210, Buenos Aires

Precio del ejemplar: \$ 0.40

Las colaboraciones deben enviarse a la Dirección, calle Juncal 2210, Buenos Aires.
Los originales no devueltos dentro de un plazo de dos meses se consideran aceptados.

Distribuidores exclusivos en el país y extranjero:

Editorial PAN AMÉRICA, Perú 677. Buenos Aires

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal: MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Secretario de Hacienda: ATILIO DELL'ORO MAINI

Secretario de Obras Públicas: AMÍLCAR RAZORI

HISTORIA
DE LA
CALLE CORRIENTES

POR

LEOPOLDO MARECHAL

Documentación gráfica y bibliográfica de
ALEJO B. GONZALEZ GARAÑO Y GUILLERMO H. MOORES
Fotografías de HORACIO I. COPPOLA

Un volumen, lujosamente impreso

Precio del ejemplar: \$ 15.—

En venta en la Oficina de Valores de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires,
AVENIDA DE MAYO 525, 5. piso.

\$ 0.40